

JX 1305

L3

V.10

Es propiedad.



CONSULTA

LIBRO I.
LAS LUCHAS NACIONALES.

CAPITULO I.

MONARQUÍA UNIVERSAL Y NACIONALIDADES.

§ I.—Consideraciones generales.

La lucha del catolicismo y del protestantismo durante los siglos XVI y XVII es á la vez religiosa y política. Van en ella tan unidos los intereses de la religion y de las nacionalidades, que es difícil decir cuál de ellos domina. Entre los historiadores modernos, unos, preocupados con los resultados que produjeron las largas guerras que siguieron á la Reforma, dicen que la religion no fué más que un pretexto ó un instrumento, y que en realidad los príncipes combatian por satisfacer su ambicion ó por conservar su independencia. Otros, viendo que las guerras proceden de una revolucion religiosa, opinan que el objeto principal de la lucha era, por una parte, la aspiracion del pontificado á la omnipotencia espiritual y temporal, y por otra parte, la libertad del espíritu humano y la soberanía de los pueblos; ésta es la idea que hemos desarrollado en el estudio sobre las *Guerras de Religion*. No pretendemos que la lucha sangrienta que abre la era moderna haya sido exclusivamente religiosa en su principio y en sus consecuencias; ántes bien hemos hecho notar el debilitamiento de la influencia de la Iglesia desde fines de la Edad Media. Las guerras contra el protestantismo no son ya cruzadas; las promueve, ciertamente, la ambicion del catolicismo, pero intervienen en ellas otras ambiciones y otras tendencias. Sin embargo, y esto es muy notable, existe estrecho vínculo entre ambas fases de la lucha; el objeto es casi

idéntico, aún cuando los intereses sean diversos, y lo mismo sucede con los resultados.

La Reforma rompió la unidad cristiana, tal como se había formado en la Edad Media, bajo la influencia de la invasión de los Bárbaros. Era una unidad con dos cabezas, el papa y el emperador; era, por consiguiente, semi-religiosa, semi-política. Los protestantes pusieron fin al pontificado, y por lo mismo al imperio. Era imposible que los papas abdicasen voluntariamente sus soberbias pretensiones; combatieron al protestantismo para restablecer la unidad de la fe, y por consiguiente, la dominación universal de la Iglesia. Pero en la doctrina católica la unidad religiosa mediante el papa, no podía existir sin la unidad política mediante el emperador. Esto implica que la lucha del catolicismo contra el protestantismo tendía necesariamente á reconstituir la unidad política á la vez que la unidad religiosa de la Edad Media. No era, pues, una vana quimera la ambición de la monarquía universal, que en los siglos XVI y XVII constituyó la grandeza de la casa de Austria y fué el terror de sus enemigos. Carlos V era el aliado natural del pontificado, pero el defensor de la Iglesia se proponía al mismo tiempo un objeto personal, por más que coincidiese con el interés de la Iglesia: el restablecimiento de la unidad católica debía ser más útil al emperador que al papa.

Carlos V dejó á su familia su ambición como una herencia; y cuando la casa de Austria, vencida por el genio de Richelieu, se vió obligada á renunciar á sus ambiciosas pretensiones en la paz de Westfalia, las transmitió á su vencedor. La monarquía universal fué más peligrosa en manos de la Francia que lo había sido nunca en manos de la España. De suerte que siempre son potencias católicas las que amenazan la libertad y la independencia de la Europa. Así debía ser, porque la monarquía universal es una idea católica. En la Edad Media no cabe duda: el papa y el emperador son los dos jefes de la cristiandad, y el cristianismo no conoce más límites que los del mundo. La monarquía universal era, pues, una institución divina; á los ojos de los católicos tenía la misma legitimidad que el pontificado, porque la idea del Imperio se confundía con la de la Santa Sede. Una vez que entró en la conciencia general, se conservó, hasta que se apoderó de ella el

espíritu de conquista. Diríase que el catolicismo inspira su ambición á los conquistadores. No hay príncipe reformado que haya pensado en extender su dominación por toda la tierra, y con dificultad se podrá encontrar entre los escritores protestantes un partidario de la monarquía universal; la unidad política, lo mismo que la unidad religiosa, pertenecen exclusivamente á Roma. Esto es muy lógico: si la unidad religiosa es el ideal de la humanidad, é ideal divino, otro tanto debe suceder con la unidad política.

La lucha del catolicismo contra la Reforma fué, pues, una lucha por la monarquía universal. Después de largas y ruinosas guerras, fracasaron los papas; la paz de Westfalia consagró la separación religiosa, y la división se ha perpetuado. Otro tanto sucedió con las tentativas políticas de monarquía universal; al romper la unidad religiosa, los protestantes rompieron también, y para siempre, la unidad política. El protestantismo impidió á Carlos V llevar á cabo sus ambiciosos proyectos; príncipes protestantes, Guillermo de Orange, Enrique IV é Isabel, salvaron á Europa del yugo de Felipe II; la guerra de los treinta años, protestante en su origen, garantizó la libertad de la Alemania y de la cristiandad. La paz de Westfalia decidió la independencia de los príncipes alemanes respecto del emperador; desde entonces ya no se volvió á hablar de monarquía universal apoyada en la idea del imperio cristiano. De suerte que el protestantismo representa el elemento de nacionalidad, mientras que el catolicismo se confunde con el principio de la monarquía universal. La revolución religiosa del siglo XVI fué una reacción de lo que hay de individual en la religión contra la unidad absorbente de Roma, y al mismo tiempo reobró en nombre de las naciones contra la idea de monarquía encarnada en el pontificado.

Hé aquí por qué los Estados protestantes son los órganos de las nacionalidades. Es un beneficio que no se agradece bastante á la Reforma: le debemos la libertad de pensar y la libertad religiosa; le debemos además la independencia de las naciones. Si en los siglos XVI y XVII se ha visto la Europa preservada de la dominación universal de la casa de Austria, lo debe á la Reforma; si hoy todavía, á pesar de la ambición inextinguible de la monarquía, no tiene ya que temer la Europa el verse sometida á la vo-

luntad de un hombre, tiene que agradecerlo también á la influencia omnipotente del espíritu de nacionalidad, que es inherente á los Estados protestantes, y que es imperecedero como la individualidad humana.

El tratado de Westfalia consagra á la vez la separación religiosa de la cristiandad y la independencia política de los Estados.

Sin embargo, la paz de 1648 no pone fin á la lucha, ni en el terreno religioso ni en el político. El protestantismo es reconocido, y con él el elemento de la diversidad; pero Roma protesta, y subsisten las pretensiones del catolicismo. La casa de Austria sucumbe, pero no bajo los golpes de los protestantes únicamente; éstos, para vencer, han tenido que buscar apoyo en la Francia, y la Francia es una aliada pèrfida. Después de haber sostenido la Reforma en Alemania, va á destruirla en su seno; después de haber combatido la ambición de la España, va á ocupar su puesto y á dominar á su vez á la Europa. ¿Por qué la idea de la unidad religiosa y política sobrevivió á la paz de Westfalia?

Si no triunfa el protestantismo, consiste en que no representa más que uno de los elementos de la naturaleza humana, la individualidad. Es cierto que la religión es esencialmente una relación del hombre con Dios, pero también es un vínculo entre los hombres; las creencias religiosas no llegan á ser una religión sino cuando dejan de ser individuales y pasan á ser comunes á una sociedad de fieles. Hé aquí por qué el catolicismo, órgano de la unidad, tiene su legitimidad al lado del protestantismo. Añadamos á esto que la unidad, en materia de religión, no es más que un medio; si el sentimiento religioso no se desarrolla ni se fortifica más que por medio de la asociación, su fin es siempre la santificación del individuo. De esta manera se concilian dos necesidades, igualmente legítimas, de la naturaleza humana, la diversidad y la unidad. La religión debe satisfacer á ambas si ha de desempeñar su misión; cuando no tiene en cuenta más que la unidad, sacrifica y anula al individuo á quien debe moralizar; cuando atiende exclusivamente al individuo, relaja el vínculo social, fuera del cual no puede el hombre desarrollar sus facultades.

Lo que decimos de la religión se aplica igualmente á las relaciones políticas. En realidad, el objeto de la constitución social,

dígase lo que se quiera, no puede ser diferente del de la religión; porque el hombre es uno, y por lo tanto, debe haber armonía en su existencia. La religión tiene por objeto la salvación del hombre; lo que la teología llama salvación, la filosofía lo llama desenvolvimiento de las facultades humanas. El destino del hombre sobre esta tierra es desarrollar sus facultades, no solamente teniendo en cuenta su vida actual, sino también su vida infinita y progresiva. En política, lo mismo que en religión, el individuo es el fin, la sociedad es el medio. Que el hombre es un sér destinado á vivir en el estado de sociedad, no cabe duda; el estado salvaje, defendido por Rousseau, ha sido relegado al olvido como una paradoja. Pero ¿cuál es la misión de la sociedad, ó del Estado, que no es más que la sociedad organizada? Esta cuestión es fundamental y las opiniones están divididas. Si se toma por punto de partida que el individuo es el fin, y que Dios le ha fijado por destino su desarrollo armónico, hay que decir que la sociedad debe organizarse de manera que el hombre pueda desarrollarse libremente y por completo. Nuestro principio excluye la unidad absoluta y el individualismo absoluto: la unidad absoluta destruye la energía individual, y es por consiguiente contraria al fin de la asociación; el individualismo absoluto introduce la anarquía en lugar de la organización social y priva al individuo del apoyo que debe hallar en el Estado (1). No es esta toda la dificultad, por más que sea ya inmensa. ¿La unidad tiene por límite el Estado, ó debe abarcar á toda la humanidad? ¿Cuáles son las relaciones entre los pueblos? ¿La independencia absoluta ó la asociación? Aquí reaparece la cuestión de la monarquía universal y de las nacionalidades.

Llevando hasta sus últimas consecuencias el principio de que las sociedades humanas deben organizarse para conseguir el desarrollo completo de las facultades del hombre, no hay ninguna razón para detener esta asociación en la constitución de nacionalidades que fuesen completamente independientes entre sí. Por encima de las naciones está la humanidad; la humanidad es una, todos los pueblos son hermanos; hay, pues, vínculos entre ellos, como los

(1) Véase el tomo VII de mis *Estudios*.

hay entre los individuos. El hombre no es solamente miembro de una sociedad particular, es miembro de la sociedad universal del género humano; no podría realizar la misión que Dios le ha confiado si estuviese limitado y como aprisionado en un estado particular. El aislamiento es funesto lo mismo á las naciones que á los individuos; el hombre se marchita, los pueblos se inmovilizan y perecen. Hay, pues, una vida general de la cual debe participar el hombre; ésta es una condición necesaria de su desenvolvimiento físico, moral é intelectual. Es inútil insistir sobre la necesidad de relaciones activas entre todos los pueblos de la tierra; los hechos hablan bastante alto. Pero estas relaciones ¿deben dar por resultado una organización análoga á la de los Estados? Esta es la gran dificultad. Que la tendencia á la unidad se manifiesta en la vida de la humanidad es incontestable. Remontándonos en la historia, siempre encontramos tentativas de monarquía universal y continúan hasta en los tiempos modernos: el siglo XIX ha sido testigo de una lucha gigantesca entre el genio de las conquistas personificado en un hombre, y las naciones amenazadas en su independencia. Pero estas luchas mismas demuestran que la unidad no puede realizarse bajo la forma de una dominación que abraza el mundo entero. La Historia nos enseña que los ensayos de monarquía han sido funestos á los pueblos conquistados; al perder su libertad, han perdido el principio de su vida; la monarquía universal sería la tumba de las naciones y, por lo tanto, de la humanidad.

¿Quiere esto decir que las naciones deben continuar disfrutando de una independencia absoluta, sin que haya entre ellas ningún vínculo de unidad? Se dice que las naciones son de Dios, lo mismo que los individuos; que Dios les ha señalado un territorio particular que están llamadas á explotar; que les ha dado una lengua particular, signo de su individualidad; un carácter, una misión especial. Todo esto es verdad, y la consecuencia que de ello se deduce es que el principio de nacionalidad debe presidir á la constitución de los Estados; pero ¿debe deducirse de aquí que las naciones, una vez formadas, están destinadas á coexistir eternamente, sin que haya entre ellas más vínculos que el de los contratos? Esto sería decir que la libertad ilimitada, que todo el mun-

do rechaza como imposible para el individuo, es el estado natural de los pueblos. Esto nos parece contradictorio. No es posible reconocer á las naciones una personalidad más caracterizada que á los individuos; los individuos, más que las naciones, tienen una existencia aparte y un destino particular; ¿les impide esto entrar en las relaciones de una sociedad organizada y abdicar una parte de su independencia en favor de la vida común? Presenta el Estado tan poco obstáculo al desenvolvimiento de la individualidad humana, que ántes bien es una condición esencial para él. ¿Por qué no habría de ser lo mismo para las naciones? Teóricamente en vano buscarémos una diferencia; si la libertad del individuo puede ser limitada, si debe serlo para que pueda realizar su destino, con mayor motivo debe limitarse la libertad de las naciones.

Pero ¿cuál es el vínculo que debe unir á las naciones? ¿Es idéntico al que une á los ciudadanos con el Estado? La solución de esta cuestión corresponde al porvenir; todo lo que puede afirmarse desde ahora es que la unidad no se establecerá bajo la forma de una monarquía universal tal como la han ambicionado los conquistadores, tal como los filósofos la han soñado. Reconociendo á las naciones, lo mismo que á los individuos, una vida individual, hay que respetar el principio de esta individualidad, y la monarquía universal absorbe y destruye toda existencia individual. Es una falsa unidad, porque no tiene presente el objeto de la unidad; este objeto no es matar las nacionalidades, sino favorecer su desarrollo, haciéndoles vivir de la vida general del género humano.

En teoría, la monarquía universal no tiene valor más que como instinto de la unidad; de hecho la misión de las monarquías conquistadoras ha sido unir los pueblos y preparar su asociación futura. Esta misión está ya realizada; por consiguiente, ya no hay que pensar en monarquía universal. Lo que está pasando á nuestra vista nos revela el camino que ha de seguir la humanidad en la realización de su destino. En el siglo XIX tiene lugar un doble trabajo; por una parte, las nacionalidades encadenadas tratan de conquistar su independencia; el movimiento es providencial y, por consiguiente, irresistible; triunfará de todos los intereses y de lo que sin razón alguna suele llamarse los derechos adquiridos, porque no hay derecho contra la voluntad de Dios. Por otra

parte, la ciencia y la industria hacen milagros para unir á todos los pueblos de la tierra; se borran las distancias, las relaciones se extienden, los vínculos se multiplican. Cuando este doble movimiento se vaya aproximando á su término, la constitucion de la unidad humana, que hoy todavía parece ser una utopia, se realizará por sí misma. Solamente es imposible lo que es contrario á las leyes de la naturaleza; una dificultad, por grande que sea, no es una imposibilidad. Hay incompatibilidades temporales; en la Edad Media el Estado moderno era imposible; en el siglo XIX, aún cuando se quisiera restablecer el régimen feudal, no sería posible conseguirlo. La organizacion de la humanidad, imposible hasta hoy, tendrá lugar mediante el progreso natural de las relaciones internacionales.

§ II.—La monarquía universal.

La monarquía universal es un legado del mundo antiguo, ha sido la ambicion de todos los conquistadores, desde el fabuloso Nemrod «el gran cazador ante Dios», hasta el pueblo rey. En la antigüedad, edad de fuerza y de violencia, la guerra era el gran instrumento de civilizacion; los conquistadores ponian en contacto los pueblos al encadenarlos. En cuanto á las naciones, todavía no existian. El elemento individual, que desempeña tan gran papel en toda la creacion, era desconocido, hasta el punto que no se le respetaba ni aún en la ciudad; el Estado absorbía al ciudadano. Los romanos realizaron el sueño de los conquistadores; el emperador, encarnacion del pueblo, se llama señor de la tierra. Aquellos señores del mundo ignoraban que el objeto providencial de sus largas guerras era preparar el camino á aquel á quien los profetas celebran como el príncipe de la paz; cuando aquella mision se realizó, la monarquía universal de Roma se derrumbó bajo los golpes de los pueblos bárbaros que, á la voz de Dios, acudieron á repartirse sus despojos. Los germanos dieron á la humanidad el elemento de individualidad, de diversidad; de ellos derivan, pues, las nacionalidades.

La ambicion de Roma pagana tuvo un heredero en el catolicismo y en el pontificado. Anhelando la unidad absoluta en la esfera religiosa, los papas llegaron, por la lógica de las ideas, á la par que por la tradicion romana, á querer también la unidad política de la cristiandad; de aquí una nueva monarquía universal, que tenía á su cabeza al Soberano Pontífice y al Emperador. El elemento individual de la raza germánica hubo de plegarse momentáneamente bajo el yugo del Pontificado, pero persistió y se desarrolló bajo el régimen del feudalismo. Este lento trabajo de la Edad Media produjo las naciones modernas; cuando estuvo terminado, la unidad católica no tenía ya razon de ser. La raza germánica fué también la que á la voz de los reformadores rompió la unidad que Roma cristiana había impuesto al mundo, de la misma manera que había destruido la obra gigantesca de Roma pagana. La consecuencia que deducimos es que el catolicismo es el representante de la monarquía universal, al paso que el protestantismo es el órgano de las nacionalidades.

El catolicismo tiene la ambicion de ser inmutable y de satisfacer, sin embargo, á las necesidades de la humanidad en todas las épocas de la vida. Esta pretension es contradictoria, porque, cambiando las ideas y los sentimientos, la doctrina que ha de darles satisfaccion tiene que cambiar igualmente; la inmutabilidad es la muerte, y la muerte no puede presidir á la vida; es preciso, pues, ó que la religion se modifique, ó que renuncie á gobernar las almas. Hemos dicho en nuestro Estudio sobre las *Guerras de religion*, que el dogma católico se ha modificado á despecho de su pretendida inmovilidad. En el terreno político es difícil negar la variacion, porque es patente y se manifiesta con toda evidencia en los hechos. Ahora bien, la teoría política del catolicismo no es más que la expresion de su creencia religiosa; la monarquía universal del emperador está íntimamente unida con la dominacion universal del papa; el catolicismo tiene que sostener tanto la una como la otra, so pena de renunciar á su soberbia ambicion. Sería, pues, preciso que en pleno siglo XIX resucitase la unida de la Edad Media con el papa y el emperador; ¿respondería á las aspiraciones de la humanidad moderna este retroceso imposible hácia lo pasado?